

*SI HAY VEJEZ,
LA VIDA HA SIDO RICA*

CUENTITITO



ric, ric, ric, ric, ric... ¡BOOM!

Por Ruquita

El obsequio del reloj pasó de generación en generación. Un padre, antes de morir, se lo dejaba a su hijo mayor, para que éste, a su vez, hiciera lo mismo.

A ese reloj lo amaba toda la familia, no por el costo material, sino por el valor familiar, a pesar que jamás dio la hora exacta y su cucú casi siempre se negaba a salir, por lo que todo el tiempo desconcertaba al poseedor en turno, pues nunca sabía qué hora era.

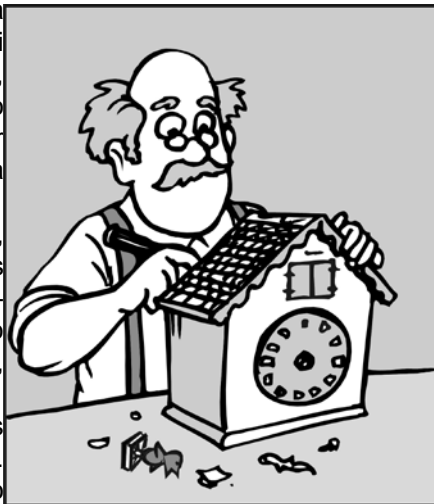
Todos los dueños del reloj, lo mandaron con expertos relojeros para que lo computaran, siempre con el mismo resultado: ¡cero exactitud, cero canto del cucú!

Hasta que llegó a manos de Chacho cuando era niño. Ahora le dicen Don Chacho por su edad. Es un viejito pensionado al que le gusta hacerla de milusos, porque aprendió por su cuenta a hacer un montón de cosas.

Lo mismo arregla la instalación eléctrica, que el calentador del agua, que el microondas, que la licuadora, que el piso de madera, que la bicicleta del nieto... ¡y párale de contar!

Un día, su nieto más pe-

queño le preguntó sobre la impuntualidad del reloj, pues el día anterior llegó tarde a jugar con sus cuates, por culpa del flojo cucú, que no dio la hora. El resultado es que su equipo perdió en el partido de canicas, pues Leko es el mejor de todos los tiradores



de ponches y agüitas.

Esa inocente pregunta fue un reto para don Chacho.

Se fue a la biblioteca pública cercana y pidió prestados todos los libros que había sobre relojería.

Pasó más de dos semanas leyendo y estudiando, hasta que por fin, una tarde, empezó a desarmar el reloj, con cierto temor de que le fueran

a sobrar o faltar piezas al tratar de componer esa reliquia familiar.

Al día siguiente, luego de haber trabajado hasta la madrugada, el reloj apareció colgado donde siempre y de pronto, ¡el cucú salió y cantó a las horas exactas desde las 7 de la mañana!

Admirados por el resultado, todos los miembros de la familia felicitaron a Don Chacho y se asombraron que en sólo dos semanas y leyendo unos cuantos libros, se hubiera convertido en un experto relojero.

Por primera vez en su vida, Don Chacho tuvo que mentir, o más bien dicho, ocultar una verdad, porque nadie le creería: durante la noche, el cucú, que era mágico, recobró vida y le dijo que le pusiera alpiste en vez de darle cuerda al reloj, pues se moría de hambre y sus dueños jamás le dieron de comer, por eso no funcionó nunca bien.

Desde ese día, en secreto, le pone dentro de la caja, un puño de alpiste al ahora puntual cucú.

Tal vez algún día lo confiese a alguno de sus nietos. A ver si le cree.